



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

RETIRO CON PEREGRINOS - BETANIA

Un saludo muy especial a todos los peregrinos a Tierra Santa y a todos los que no habéis ido, pero también tenéis ese lugar, la Tierra Santa, en vuestro corazón, y un sueño también el poder de estar presente en aquellos santos lugares. Ha sido una tradición en nuestra diócesis —no de hace mucho tiempo, de hace un par de años así— el convocar de vez en cuando a los que habíais sido peregrinos en Tierra Santa. Con esto de la pandemia hemos tenido una interrupción, pero vamos a retomarlo, y si no me equivoco, tuvimos un encuentro hablando de Nazaret, tuvimos otro encuentro hablando de Belén, tuvimos otro encuentro hablando de Ein Karem, y me parece que no sé si este es el cuarto o me he olvidado de alguno. En cualquier caso, de los anteriores esos, de Nazaret, de Belén, de Ein Karem o si hay uno más, están a vuestra disposición en el canal de YouTube de la diócesis para quien quiera decir: «Bueno, si yo repaso aquí las reflexiones sobre los lugares». Lo encontraréis fácilmente en el canal de YouTube de la diócesis.

Vamos hoy a introducir la reflexión sobre Betania y, como la hemos y como hemos hecho en anteriores ocasiones, vamos a comenzar introduciendo con un pequeño vídeo, producido por los franciscanos desde la Custodia de Tierra Santa.

Hemos extraído —hay un vídeo que casi tiene dos horas que en Betania se suele proyectar en alguna ocasión—, bueno, pues hemos extraído seis o siete minutos de ese vídeo, lo que es referido a Betania. Por lo tanto, allí veréis imágenes, etcétera, y después de haber visto esas imágenes, pues yo ya continuaré con otras explicaciones y reflexiones.

Mientras iban caminando, Jesús entró en un pueblo, y una mujer que se llamaba Marta lo recibió en su casa, a quince estadios de Jerusalén, aproximadamente tres kilómetros sobre la ladera oriental del Monte de los Olivos. Betania representa el último descanso para quien, viniendo de Jericó, subía hacia la ciudad. El sitio es el escenario de tres episodios evangélicos de gran ternura y fuerza: el coloquio entre Jesús y Marta, la resurrección de Lázaro, la cena en la casa de Simón el leproso.

«Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas; sin embargo, una sola es necesaria. María eligió la mejor parte, que no le será quitada». Marta, ocupada con el servicio, se preocupa de dar una hospitalidad digna a Jesús, mientras María está sentada a los pies de Jesús, escucha; es la perfecta discípula. Aquí vemos a Marta como una verdadera prisionera del modelo de la mujer que la sociedad oriental imponía: la mujer estaba hecha para el servicio. Jesús, por el contrario, liberó a la mujer y aceptó que también ella fuera discípula; esta es una novedad absoluta en el judaísmo, los rabinos no aceptaban mujeres entre los discípulos, Jesús en cambio sí acepta que María lo escuche, está sentada como los demás discípulos.

La antigua Betania corresponde al actual pueblo árabe Al-Eizariya, del latín *Lazarium*, el nombre que dieron los cristianos al día que, a partir del siglo cuarto, se formó alrededor de una gruta subterránea identificada por la tradición local con la tumba de Lázaro, el amigo de Jesús resucitado cuatro días después de su muerte.

«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás». La idea de la resurrección no estaba aún muy aceptada en el Antiguo Testamento. Contamos sólo con dos textos, uno del libro de Daniel y otro del libro de los Macabeos, que aceptan la resurrección de los cuerpos. Jesús quería preparar a sus discípulos para aceptar la propia resurrección de los muertos; por esta razón, poco antes de su propia resurrección, vino aquí para resucitar a su amigo.

Desde finales del siglo cuarto se llegaba al sepulcro de Lázaro por el patio que estaba frente de una gran basílica cristiana de tres naves divididas por columnas y pavimentadas con espléndidos mosaicos. En el siglo sexto, sobre el mismo trazado, pero un poco más al este, se construyó una nueva iglesia que conservaba las estructuras del primer edificio; quedaron transformadas en atrio. Se mantuvo durante varios siglos y en el Medioevo fue reforzada y embellecida con mosaicos y pinturas. En el siglo XII, por iniciativa de la reina Melisenda, los cruzados edificaron sobre la gruta de Lázaro, transformada en cripta, una nueva basílica de tres naves entregada a los ciudadanos de las monjas benedictinas, a cuya abadía pertenecía Iveta, hermana de la reina.

En el siglo XV toda el área fue incluida en una mezquita musulmana que dificultó el acceso al sepulcro a los peregrinos cristianos. Entre 1566 y 1572 la Custodia de Tierra Santa abrió una nueva entrada, para llegar a la tumba venerada sin pasar por la mezquita. Todavía hoy, veinticuatro escalones conducen a un vestíbulo desde el cual, a través de una angosta abertura en el piso antiguamente cerrada con una piedra, se desciende a la cámara mortuoria.

María era la misma que derramó perfume sobre el Señor y le secó los pies con sus cabellos. Betania es también el sitio donde vivía Simón el leproso, que invitó a Jesús a cenar. Jesús aceptaba de buen grado la invitación a la mesa en casa de los fariseos. Estamos acostumbrados a ver en los fariseos sólo a los enemigos de Jesús, en cambio Jesús tenía muchos amigos también entre ellos y aceptaba su invitación. Y durante la cena vino una mujer con aceite perfumado y ungió los pies de Jesús. Los Padres de la Iglesia, cuando comentan esta escena, decían: «La casa es la Iglesia, que debe llenarse del perfume de Jesús».

El moderno santuario, edificado en 1954 por la Custodia de Tierra Santa según un proyecto del arquitecto Antonio Barluzzi, está concebido como un mausoleo funerario y contiene en parte los restos de las antiguas basílicas precedentes descubiertas por las excavaciones arqueológicas. El sugestivo encuentro entre la penumbra y la luz que inunda la cúpula hace nítida, radiante, perceptible la esperanza de la resurrección y de la vida que aquí nos entregaron las palabras de Jesús.

Se me ocurre partir de un versículo en el que Jesús decía que él no tenía casa. ¿Dónde vivió Jesús después de salir de Nazaret? Pues cuando le preguntan por ello él dijo: «Las zorras tienen madriguera y las aves tienen nido, pero el Hijo del hombre no tiene

dónde reclinar la cabeza» (Mateo 8, 20). Jesús no tenía casa, tampoco sabemos qué pasaría con la casa familiar de Nazaret cuando él salió. Jesús no tenía casa, pero al mismo tiempo los evangelios nos cuentan que Jesús tenía amigos de confianza deseosos de acogerlo en su casa. Y es de suponer que cuando Jesús iba a casa de estos amigos, harían una gran fiesta. «Oye, que este fin de semana viene Jesús», ¡qué regalo! Algunos sentirían así. Por eso el nombre de Betania ha pasado a ser algo entrañable en la tradición católica, es algo entrañable porque es como decir que Jesús vive en mi casa, que Jesús sea mi huésped. En muchos lugares uno descubre que hay pues casas de descanso que tienen el nombre de Betania; Villa Betania, es frecuente ese nombre. Villa Betania, de hecho, no sé si conocéis que nuestra diócesis ha tenido durante muchos años allí en Loyola una Villa Betania de Cáritas, que ha sido una verdadera Betania para los enfermos de sida que no tenían familias para acogerles, y entonces pues allí la diócesis tuvo ese proyecto en Villa Betania en el que han muerto muchas personas con sida, especialmente en aquellos años en que el sida pues no tenía los retrovirales famosos que consiguieron que casi secaron y erradicaron el signo y no llegase a ser mortal. Pero sí, Villa Betania en nuestra diócesis, por ejemplo, fue ese lugar: que los enfermos de sida que no tienen familias tengan un hogar.

Es una palabra entrañable Betania. De hecho, ya sabéis que recientemente le hemos puesto ese nombre al proyecto televisivo que ha nacido en este tiempo también tan especial de la pandemia en la diócesis, Betania TV. ¿Por qué le llamamos Betania TV? Pues porque parece que es un sitio en el que uno descansa con Jesús, descansamos con él. O sea, que Jesús tenía amigos, tenía amigos de confianza que le acogían en su casa, y eso es hermoso, es hermosísimo. No sabemos el origen de la relación de Jesús con esa familia, porque cómo les conoció pues no lo sabemos, aunque sí que el texto que voy a leer ahora se dice que entró Jesús y una mujer... Parece que de los tres hermanos el contacto fue Marta; el encuentro con esa familia de Betania fue a través de Marta, porque dice: «Una mujer llamada Marta lo recibió en su casa». Supongo que ella le diría a sus hermanos: «Oye, que le voy a traer a Jesús a casa, que le he conocido», y lo trae. Está claro que era un lugar de acogida para Jesús cuando él subía a Jerusalén. Jesús subió a Jerusalén por lo menos tres veces en los tres años de su vida pública, y cuando uno sube a Jerusalén no era subir e irse, sino permanecía un tiempo celebrando la Pascua en Jerusalén, y cuando Jesús subió a Jerusalén se alojaba en Betania, que es curioso, esto es curioso porque está a unos tres kilómetros de Jerusalén, es Betania. ¿Y desde dónde salió Jesús aquel Domingo de Ramos montado en aquel borrico, subiendo el Monte de los Olivos y bajando y entrando en Jerusalén? Unos unos tres kilómetros. Desde el camino de Jericó, desde el desierto hasta Jerusalén, es propiamente la última parada antes de llegar a Jerusalén. Ahora dice uno: «Oye, ¿qué pasa, que no tenía en Jerusalén a nadie que le acogiese?», porque eso es un poco llamativo. Y uno se fija en los evangelios y hay un detalle que me parece que nos tiene que dar que pensar. Jesús entra en aquel Domingo de Ramos, entra triunfalmente, entra pues en una gran fiesta en Jerusalén, es acogido: «¡Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor!». Están alfombrando de ramos el camino por el que Jesús va a pasar, parece que la acogida es buenísima, hasta el punto que él dice: «Si estos callan, gritarían las piedras». Pero después de aquel día aparentemente tan tan glorioso, dice el texto que llegará la noche, al atardecer Jesús para dormir regresó a Betania. Oye, qué curioso, regresó a Betania para dormir; pues tres kilómetros para allá y luego al día siguiente tres kilómetros para el otro lado. ¿No había nadie que le acogiese en Jerusalén? La verdad, ese detallito a mí siempre me ha impresionado, me ha impresionado porque a veces invitamos a gente que nos parece importante: «Voy a invitar a tal persona», pero lo alojas en un hotel, en casa no lo

metes. Con la gente que se admira se suele hacer eso: «Le hemos invitado, alguien a quien admiro», sí, pero lo llevo a un hotel. Pero a alguien a quien quieres no lo llevas a un hotel, lo llevas a tu casa, que hay una pequeña diferencia entre admirar y amar. Algo así pasó, Jesús en Jerusalén. Jerusalén igual admiraba a Jesús: «Este es el profeta de Galilea, el que dice que hace muchos milagros, ¡hosanna, bendito el que viene!». Sí, pero a dormir te vas a Betania. Es para hacérselo pensar, como se dice popularmente, es para que lo consideremos. ¿Porque yo admiro a Jesús lo siento como cosa mía, forma parte de mi vida, se aloja conmigo en casa o yo le mando a otro lugar al hotel? ¿Yo con él como en un restaurante o él come de mi mesa? Bueno, pues este es el motivo por el que es tan entrañable Betania, por eso es un nombre, un lugar, una referencia que nos pone en cuestión: ¿cuál es mi relación con Jesús? ¿Es lejana o Jesús es más íntimo a mí que mi propia intimidad?

Lucas 10, a partir del versículo 38: entró Jesús en una aldea y, fijaros, una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Ésta tenía una hermana llamada María, que sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio, andaba muy quehacerada con los muchos servicios de la casa y, acercándose, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en las tareas del servicio? Dile, pues, que me ayude». Pero el Señor le respondió: «Marta, Marta, tú te preocupas y te agitas por muchas cosas, pero una sola cosa es necesaria; María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada».

Bueno, yo sobre todo quisiera en este primer texto, aunque son tres los textos principales de los evangelios para hablar de Betania, en este primero yo sobre todo me quiero fijar en eso de que lo recibió en su casa: Marta recibió a Jesús en su casa. ¿Qué esto de recibir a Jesús en nuestra casa? ¿Qué supone recibir a Jesús en nuestra casa? Lo primero es, para entender esto, ver con qué espíritu entra Jesús en una casa, con qué expectativas entra Jesús en la casa. Y si uno lo busca en el evangelio, lo encuentra. Fijaros, hay un texto que, por cierto, está poco antes, el texto de Betania, que dice Lucas 10, 5-9: «Cuando entréis en una casa, decid primero: paz a esta casa. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa en casa. Si entréis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella y decidles: el Reino de Dios ha llegado a vosotros». Pero este era el espíritu con el que Jesús entraba en una casa, con el que entró en esa familia: es decir, con él entraba el Reino de Dios en esa casa, el Reino de Dios ha llegado a vosotros. Jesús está aquí. ¿A qué iba Jesús a una familia? A dar la paz. Decid primero: paz a esta casa. Y lo curioso es que dice: si hay gente de paz, esa paz la recibirán; si la gente de esa casa no es gente de paz, les va a rebotar y la paz volverá a Jesús porque no la han acogido. O sea, que Jesús va a darnos el don de la paz, el don de vivir en el Espíritu Santo, que él es el dador de paz, él te da el espíritu de paz. Pero qué gozada vivir en el hogar con la paz de Dios, qué gozada disfrutar de nuestro hogar en la paz de Dios. Una buena pregunta sería si nosotros en nuestros hogares disfrutamos de esa presencia de Dios en ellos, que la paz de Cristo habite en nuestros hogares. Además se suele poner letreros: «La paz sea en esta casa». A veces hacemos signos sin darnos cuenta de lo que significan. Que la paz de Dios sea en esta casa; así saludaba Jesús cuando entraba en una casa, lo dice explícitamente, y le dice a los apóstoles que también ellos hagan lo mismo: la paz sea en esta casa. Los franciscanos han tomado esta palabra de Jesús y la han convertido en un saludo, y cuando os encontráis con un franciscano ¿qué te dice? «Paz y bien». Ese es un saludo franciscano siempre, así. Pues yo estuve en Aránzazu hace poquito y

te encuentras con ellos y te dicen: «Paz y bien». Eso es lo que significa recibir a Jesús en casa. Bueno, pues esto significa. Y uno mira el ritual —sabéis que hay un ritual de bendición, en bendición de muchas cosas también hay un ritual de bendición del hogar, de la vivienda—, os voy a leer literalmente lo que dice el sacerdote cuando bendice una vivienda, que es interesante ver qué palabras utiliza. Dice así: «Asiste, Señor, a estos servidores tuyos que, al inaugurar esta vivienda, imploran humildemente tu bendición para que, cuando vivan en ella, sientan tu presencia protectora; cuando salgan de casa, gocen de tu compañía; cuando regresen, experimenten la alegría de tenerte como huésped, hasta que lleguen felizmente a la estancia preparada para ellos en la casa de tu Padre». O sea, esto se dice cuando bendecimos una casa; es decir, se está insistiendo en que bendecir una casa es experimentar la presencia de Jesús como una de una pequeña antesala del cielo. Igual que obviamente la Eucaristía es la antesala del cielo, estar un rato en el sagrario es la antesala del cielo, también vivir en nuestro hogar, hacer de nuestro lugar de nuestro hogar una Betania en la que Jesús vive con nosotros y gozar de esa paz desde el hogar, es nuestra pequeña antesala del cielo. Recibir en casa a Jesús. Repito eso: entró Jesús en una aldea y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa, recibir a Jesús.

Betania también hace referencia, es una evocación de una realidad: Jesús tenía amigos, así, Jesús tenía amigos. Jesús tenía... Quizás a veces por una incorrecta cristología nos resulta extraño decir o escuchar que Jesús tenía amigos, que Jesús es mi amigo. Parece que es demasiado cercano, es ponerlo demasiado a nuestra altura. Oye, es que amigos... A ver, no sé, Jesús tiene amigos, parece como demasiado a nuestra altura, y nos olvidamos de que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, y que la amistad forma parte de la experiencia real del ser humano, y Jesús es verdadero hombre, por lo tanto la experiencia de la amistad también formó parte de la experiencia de Jesús. Y entonces es importante que Betania nos ayude a entender que con Jesús tenemos que tener una relación de amistad. Con Jesús yo recuerdo que, siendo pequeño, a mí me ayudó mucho un librito que seguro que habéis conocido que decía: *15 minutos en compañía de Jesús Sacramentado*, y era un librito que te ayudaba a que en la oración tú decías qué cosas te están agobiando, se las cuentas a Jesús que está en tu corazón, cuáles son tus ilusiones, se las dices y las hablas, las escuchas. Era una especie de un formulario que te ayudaba a tirarte de la lengua y del corazón para que tú te soltases hablando con Jesús como uno se suelta con un amigo que le pregunta cosas: «¿Cómo te han ido las cosas?». Porque uno dice: «Bueno, si Jesús es Dios, ya lo sabe todo». Bueno, pero quiere que se lo cuentes, quiere que se lo cuentes, quiere que tengas una amistad con él y quiere que en ese contarle tú mismo te percales de que él te escucha, de que se interesa por ti, de que tus cosas son también cosas suyas. Quince minutos era en compañía de Jesús, era un caer en cuenta de que la relación con Jesús es un tratar de amistad, cosas de amistad con Jesús. De hecho, ese texto que hemos leído tiene también un detalle, y el detalle es que Marta y María discuten entre ellas: «Oye, tú que no me ayudas», «que si mi ayudas», y discuten delante de Jesús, se desahogan delante de Jesús, lo cual también supone un signo de confianza y de amistad, porque si uno tiene una pequeña bronca familiar, una pequeña discusión familiar, pues hay que tener bastante confianza para que esa desavenencia hacerla delante de alguien de tu invitado. Si tú has invitado a alguien a casa y si tienes una desavenencia con un hermano, mucha confianza tienes que tener con el invitado para que delante de él sacarle tus problemas con tu hermana; supone mucha confianza, supone una relación de verdadera amistad. Si Jesús no hubiese sido realmente amigo, no estaría Marta diciéndole a Jesús: «Oye, María...». El otro no se atrevería, se lo echaría en cara después de que se hubiese ido Jesús. Se va Jesús: «Oye, eso que has

hecho, que aquí me has dejado colgada y sola». Tenían tanta confianza con Jesús como para incluso meterle a él entre sus cosas, mezclarle en sus cosas, en sus relaciones humanas.

Bueno, pero doy un paso más, porque además de amigo, los textos de Betania —y ahora voy al segundo texto— los textos de Betania nos descubren que la relación de aquella familia, Marta, María y Lázaro con Jesús, no sólo era de amistad, sino también era una relación que, además de amistad, tenían hacia Jesús un reconocimiento de su trascendencia. Le reconocían no solo como su amigo, sino como su Señor; sabían que era un enviado de Dios, un hombre de Dios, no sólo era un amigo para ellos, no, era también era mucho más. Como se nos ha explicado, alguien en el vídeo que ha comentado, en el que ha precedido esta charla, de los tres textos de Betania en los evangelios principales, uno de ellos acontece no en la casa de Betania, sino que le habían invitado a Jesús a otra casa en el mismo pueblo. Le habían invitado a una comida organizada por Simón el leproso, pero no sabemos por qué le llamaría el leproso, tú vete a saber. Le habían invitado a comer a casa de Simón el leproso y Jesús va, que era un fariseo, y Jesús también se relacionaba con los fariseos, y muchos de ellos pues como Nicodemo le ayudaron mucho. Pero como le invitan a Jesús, también le invitan a la familia, a la familia de los amigos de Jesús: «Oye Jesús, ven a mi casa, y que vengan también María, Marta y Lázaro». Van allí a casa. Y esto acontece, fijaros bien, este es un episodio muy importante que acontece justo la víspera, esta comida en casa de Simón el leproso acontece justo la víspera del Domingo de Ramos, de la entrada de Jesús en Jerusalén y de la antesala, por lo tanto, de la Pasión. Dice la víspera y dice: seis días antes de la Pascua fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera, y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselo a los pobres?». Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón y, como tenía la bolsa, se llevaba lo que iban echando. Jesús dijo: «Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura, porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis». Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús. Es decir, esa unción que hizo María en Betania, como digo, si uno compara los textos de los distintos evangelios, este que he leído de Juan y los evangelios sinópticos, descubre que aconteció en casa de ese Simón el leproso, pero fue María, fue María la que le ungió con un perfume, con un perfume costoso y caro, en la que Jesús aceptó ese signo como un signo de una especie de haber adelantado un acto de reparación por adelantado para reparar lo que iba a acontecer a Jesús en la Pasión. Es como un amor que se adelanta, el de María, a lo que va a acontecer; está acogiendo su cuerpo, es como si honrase ese cuerpo que va a ser destrozado en la cruz. Y dice: «Dejadle que haga este signo». Es un signo de un amor que se convierte en adoración hacia Jesucristo.

Bueno, pero fijaros bien, al mismo tiempo que la relación de esa familia con Jesús se estaba viendo beneficiada de ser capaz de descubrir en Jesús al enviar al Verbo encarnado, el enviado de Dios para la salvación del mundo, la relación con Jesús no sólo era gloriosa, sino también tenía cruz. Tenerle a Jesús en casa también es la cruz.

Haber recibido de Jesús el don de la resurrección de Lázaro cuando él también conllevó su cruz, porque no sé si os habéis percatado de un detalle. Dice: los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús. O sea, que después de la resurrección de Lázaro se sintieron tan incómodos, tan incómodas las autoridades judías porque Lázaro era alguien muy conocido, porque la familia de Betania era una familia que, a diferencia de otros milagros que había hecho Jesús —que uno era pues el pobre que estaba pidiendo a la entrada del templo, a ver, que eran personas no conocidas socialmente—, pero la familia de Betania era muy conocida socialmente. Entonces el milagro de la resurrección de Lázaro era, como se dice, un bombazo imposible de tapar porque habían ido muchas personas a su funeral; todo Jerusalén había ido allí, como quien dice, a Betania, habían estado todos en su funeral, le habían enterrado y ahora que saliese era un milagro ante el cual pues es que se les iba a escapar la gente. Y por eso la resurrección de Lázaro es el milagro que desencadena la Pasión de Jesús, diciendo: «Cuidado con este, que hay que acabar, porque si no esto se nos va de las manos». Pero también deciden matar a Lázaro; se miran casi para que no haya testigos, le matamos a Lázaro. No sabemos si lo hicieron porque el evangelio cuenta que decidieron matarlo, no dice el evangelio que finalmente lo ejecutasen, no vamos a añadir más a lo que dice el evangelio. Pero ya supone una cruz, supone una cruz para la familia de Nazaret... perdón, de Nazaret, de Betania. Diría: qué honor tenerle a Jesús con nosotros, qué honor recibir la vida de Jesús, pero también conlleva la cruz, claro. Ser seguidor de Jesús es un honor, una gloria, pero también es abrazar su cruz, las dos cosas están unidas. No se puede una sin la otra. Lázaro también participó de la Pasión de Jesús, la familia de Betania también fue perseguida, participó de la persecución de Jesús, y eso también pasa con los cristianos: que quien es verdadero seguidor de Jesús, participa en su gloria y participa de su cruz, las dos cosas. Supongo que conocéis una famosa anécdota que se cuenta de Santa Teresa de Jesús: en una ocasión ella en su oración le preguntó a Jesús por qué tenía ya tantas dificultades en el camino de su vida, porque tenía muchas contradicciones y muchos problemas. Y dijo: «¿Y Jesús, por qué tengo tantos problemas, por qué tantas cruces?». Y entonces dice que Jesús le dijo, le susurró en su alma: «No te quejes, así trato yo a mis amigos». Y entonces ella le respondió: «Ahora comprendo por qué tienes tan pocos amigos». Qué le dijo... Santa Teresa de Jesús es una frase, es una página hermosa de la espiritualidad. Si es verdad, tener esa intimidad con Jesús supone compartir su gloria y su cruz, pero estoy convencido que Marta, María y Lázaro nos dirían que bendita cruz, que no es sino la cara y cruz de la gloria que ellos compartieron con Jesucristo. Bueno, entonces hemos dicho que hay tres textos: el texto primero, el que conocemos como Marta, Marta andas inquieta; el segundo texto a este que he hecho referencia, el que acontece en casa de Simón el leproso, el de la unción de María que le unge con nardo a Jesús; y el tercer texto obviamente es el de la resurrección de Lázaro.

Primero una explicación: que cuando vamos a Tierra Santa, allí aunque nosotros decimos vamos a Betania, bien, pero allí no le llaman a aquel pueblo Betania; lo llamamos los peregrinos, pero ellos no le llaman Betania al pueblo, ellos lo llaman en árabe Al-Eizariya, que parece ser que es una corrupción en árabe del término griego *Lazarium*, que es el lugar de Lázaro. O sea, que aquel pueblo al que vamos a visitar, que es un pueblo totalmente musulmán —judío no hay ninguno, y de hecho este pueblo Betania, Al-Eizariya, está bajo autoridad palestina y allí los judíos no tienen entrada— está, para entendernos, aislado por el famoso muro; ese muro entre entre Betania y Jerusalén, hay un muro tremendo. Por eso, aunque esté a tres kilómetros solo, como hay un muro, hay que pegarse una vuelta tremenda de ahora casi de una hora para ir

de Jerusalén a Betania. Pero bueno, es un pueblo actualmente totalmente musulmán bajo la autoridad palestina que, como digo, el nombre del pueblo etimológicamente significa el lugar de Lázaro, aunque nosotros digamos Betania, pero en la palabra árabe significa el lugar de Lázaro. Bueno, yo lo primero que os voy a decir, una anécdota: recuerdo que uno de los franciscanos... En una ocasión, los franciscanos no suelen dormir ahí, sino que duermen en Jerusalén en el Convento de San Salvador y luego a primera hora de la mañana, para a las seis de la mañana, bajan a los lugares santos que atienden alrededor. Y me decía el franciscano que lo primero que hacen por la mañana al llegar es ver si las lindes o las mugas —como decimos en euskera—, las lindes alguien las ha movido por la noche, pues porque la gracia es que la historia de haber conservado ese lugar ha sido muy muy pero que muy complicada. Porque después de que allí hubo, desde el primer momento, una iglesia bizantina y unas iglesias cruzadas, después digamos que fueron digamos que después de la derrota de las cruzadas aquello pasó, y pasó a ser no abandonado, y se construyó una mezquita encima de aquello; se construyó una mezquita encima de la tumba de Lázaro, hay construida una mezquita. Bueno, pues los franciscanos con toda su paciencia, entre el año 1566 y 1572, durante nueve años tuvieron allí unas negociaciones con los de la mezquita y finalmente consiguieron que desde la calle se abriese una entrada; es esa que se ha visto ahí en el vídeo, una entrada hasta la tumba de Lázaro, una entrada aún muy complicada porque de hecho muchas veces los peregrinos que vamos no solemos bajar, porque hay que ser muy ágil para meterse ahí. Una tumba. Negociaron el derecho a poder entrar en la tumba de Lázaro desde la calle. Bueno, derecho a poder entrar, pero pagando, o sea que son las dos cosas. Y actualmente se puede entrar con dificultad pero por ahí, pero lo que hicieron fue los franciscanos al mismo tiempo hacerse con el digamos el terreno colindante con la mezquita, y en el terreno colindante es en el que está construida pues esa iglesia de ver lo que nos han explicado, en la que se simula en la construcción de la basílica o de esa iglesia pues como una tumba desde la que Lázaro resucitó. Bueno, pues este es el lugar.

Y el tercer texto, el tercer y último texto, es el que narra pues un acontecimiento que fue clave y que especialmente es el Evangelio de San Juan el que introduce. La Pasión del Evangelio de San Juan se divide hasta la resurrección de Lázaro y a partir de allá es la Pasión de Jesús; este es el acontecimiento que desata la Pasión de Jesucristo. Fijémonos también la confianza con la que Marta y María se siguen dirigiendo a Jesús en el momento de la enfermedad de Lázaro o de la muerte de Lázaro. Dice: había caído enfermo un cierto Lázaro de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas, el que tú amas está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días donde estaba; sólo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Los discípulos le replicaron: «Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver de nuevo allí?». ¿El contexto no tiene el día doce horas? Si uno camina de día no tropieza porque ve la luz, pero si camina de noche tropieza porque la luz no está en él. Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo». Entonces le dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, se salvará». Jesús se refería a su muerte, en cambio ellos creyeron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús le replicó claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí para que creáis; y ahora vamos a su encuentro». Cuando Marta se enteró de que llegaba a Jesús, salió a

su encuentro, mientras María se quedó en casa, y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano, pero aun ahora sé que todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María diciendo en voz baja: «El Maestro está ahí y te llama». Apenas lo oyó, se levantó y salió donde estaba él, porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban en casa con ella consolándola, al ver que María se levantaba y sale de prisa, la siguieron pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María donde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciendo: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano». Jesús, viéndola llorar a ella y viéndola llorar a los judíos que le acompañaban, se conmovió en su espíritu, se estremeció y dijo: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Y Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban cómo lo quería.

Yo creo que hay que subrayar el cariño y la confianza de esas hermanas con Jesús. ¡Con qué naturalidad le echan en cara a Jesús que no ha llegado a tiempo!: «Oye Jesús, qué bien estás, de que te habíamos avisado, Jesús, que habíamos pasado recado y no has llegado». Y tienen la confianza de decirle eso a Jesús, y Jesús lo acoge, lo acoge y les viene a decir que esta enfermedad, que este acontecimiento es para gloria de Dios. Todo cuanto acontece es para la gloria de Dios. Y entonces ellos le presentan a Jesús su necesidad, le dicen: «Mira Señor, aquel a quien amas está enfermo, aquel a quien amas está enfermo, tú sabrás, Jesús, lo que tienes que hacer». Yo le escuché a un monje de La Oliva, a un monje de La Oliva decir lo siguiente: «Yo a Dios cuando rezo, más que pedirle cosas, se las presento. Señor, te presento esto». Me habló de que hay un enfermo: «Te lo presento». Es como dicen al Señor: «Aquel a quien amas está enfermo, tú sabrás lo que tienes que hacer, si tienes que venir corriendo, si tienes que estar ahí un tiempo hasta que vuelvas. Decía el monje: «Yo más que pedirle a Dios cosas, se las presento. Le presento las cosas y a ver qué hace él. Él sabrá qué conviene, qué no conviene». Como cuando la Virgen le dice en Caná: «No les queda vino». Tú sabrás, yo solo te digo que no les queda vino. «Aquel al que amas está enfermo». Es hermoso ver cómo nos enseña este pasaje del evangelio nuestra relación con Dios.

Lo cual no quita los sentimientos de dolor muy reales y muy vivos de Jesús: sus lágrimas, el llanto incontinente. Rompió a llorar; que no es decir lloró, rompió a llorar. Es que vemos que la cosa fue patente. Jesús es capaz de compadecerse de nosotros, capaz de sentir el dolor del hombre, de asumirlo y de redimirlo.

Y llega el momento final, que es el momento de la resurrección. Cuando Jesús dice, conmovido de nuevo, llegó a la tumba y les dijo: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal, lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que tú me escuchas siempre, pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «¡Lázaro, sal afuera!». El muerto

salió, los pies y las manos atados con vendas y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar».

Bueno, es el momento culminante de ese desencuentro y es el introito de la resurrección de Jesucristo. Es el introito, es Jesucristo el que va a vencer nuestro enemigo definitivo, que es la muerte. No olvidemos que la resurrección de Lázaro fue una resurrección temporal, no fue una resurrección para la vida eterna; fue un signo, un signo de lo que acontecería en Jesucristo. Lázaro, pasados unos años, moriría; no sabemos si le mataron o murió de muerte natural, pero en esa segunda ocasión el Señor no salió a hacer un milagro, sino que aquella primera resurrección había sido un signo de lo que vendría después, que es la resurrección para la vida eterna, la resurrección definitiva. Lo que Jesús hizo en Lázaro fue un introito de la resurrección plena a la que estamos llamados todos los cristianos. Por eso Betania es algo tan entrañable para nosotros.

Y voy a terminar compartiendo una cosa que quizás a los que no lo hayáis escuchado nunca os va a sorprender un poco, y nos va a sorprender y bueno... Confío en que, obviamente, lo que voy a decir ahora es una hipótesis, una hipótesis de los escrituristas sobre Betania. No forma parte, por supuesto, no es una cosa que esté demostrada ni forma parte de la predicación oficial de la Iglesia, pero a mí por lo menos me ha hecho bien escucharla, y he leído algunos escrituristas y me parece que es bastante convincente, y os la comento.

Existe la teoría de algunos escrituristas que dicen: qué familia tan curiosa esa, la familia de Betania, porque no es una familia muy al uso en el mundo judío. Fijaros que es una familia donde viven tres hermanos, cosa que en el mundo judío la soltería no estaba muy bien vista. Dos hermanas solteras con un hermano soltero, qué raro. Y además, todos los textos, de las tierras o de las posesiones de Lázaro no dice una sola palabra. Es muy raro eso de que Marta le acogió en su casa; en el mundo judío el hombre era quien tenía toda la voz cantante. Que fuese una mujer la que en casa tomase decisiones y que el hombre no lo fuese es extrañísimo, es muy extraño. Aunque en todo momento es Marta, es María; Lázaro, en contra de lo que era usual en el mundo judío, no parece ejercer. Qué raro.

Bueno, pues la teoría es la siguiente: la teoría de estos escrituristas es que Lázaro podría ser un judío con síndrome de Down o con algún tipo de discapacidad muy grande a quien sus hermanas cuidaban. Así también se explicaría no sólo ese hecho de que son las hermanas las que tienen el protagonismo, no dejándole a su hermano que ejerza, sino también se explicarían frases como: «Aquel a quien tanto amas está enfermo». Jesús tendría un cariño muy especial por Lázaro si él también, según esta hipótesis, fuese alguien con síndrome de Down o con algún tipo de discapacidad de ese estilo. Y esa es una hipótesis, obviamente, pero que es verdad que explica por qué dos hermanas solteras en el mundo judío... Porque digamos que era casi una maldición el que una mujer judía no tuviese familia, no tuviese descendencia. Pero, sin embargo, que dos hermanas se prodigasen en su vida en cuidar a su hermano, eso encaja perfectamente.

También, si esta hipótesis fuese la correcta, también nos descubriría una relación de Jesús con esa familia más entrañable todavía, si cabe, más entrañable. Y creo que además con una actualidad impresionante, porque somos conscientes de hasta qué

punto la crisis de Occidente en este momento es una crisis en la que el aprecio al don de la vida, la vida en todos los estadios de vida... Todo lo que estamos viendo con el aborto, con la eutanasia, con el desprecio de la vida, la vida débil en esta sociedad que ha perdido sus raíces cristianas. Pues todavía yo creo que, en esa hipótesis, la relación de Jesús es más conmovedora, si cabe, con esa familia.

Bien, es una, como digo, esto es algo muy concreto, es una hipótesis y, obviamente, que no os distraiga de todo el relato anterior que hemos hecho de los tres textos claves que recogen los evangelios. Esos tres textos claves que son el de Marta y María sirviendo a Jesús y escuchando la palabra, el de la unción de María de Betania en casa de Simón el leproso, y el central y más importante, que es el de la resurrección de Lázaro.

Que Dios nos conceda vivir el espíritu de Betania, hacer de nuestra familia una Betania en la que Jesús viva, en la que Jesús se sienta a gusto. Ojalá él se sienta a gusto en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestros hogares, como se sintió a gusto allí con Marta, María y Lázaro.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.